

EN EL VALLE DE LOS MUERTOS



JIM J. BARRIOS

En el valle de los muertos

Jim J. Barrios

Y a merced de una consciencia ebria y embadurnada con aquella efervescencia de pensamientos indefinidos, algunos tan nuevos como ideas espontáneas que no tuvieron previamente nacimientos en noches de vibrante alcohol nocturno en la taberna maloliente de tablas trastabilladas y clavos oxidados con luces vacilantes dispuestas en algunas mesas, y por supuesto, como olvidar el bullicio intranquilo del desvarío de hombres esclavos de vahídos del alcohol. Otros sueños estaban tan viejos y herrumbrosos sepultados con limo a orillas de un turbulento paso de agua en el desierto de mis deseos. Allí estaban palpitando para llamar la atención de un desquiciado viejo al que las piernas le fluctuaban para andar, y los nervios ya sucumbidos por el continuo licor le hacían juego al flaqueo. Sí, ahí aguardaban como urnas metros bajo tierra en el cementerio de la colina. Sí, señor, así mismo, y no tenía leguas de diferencia de mi metáfora a uno de esos casi inertes y pestilentes deseos. Y es que entenderán que un hombre sin futuro y con poco presente que desear, se entrega al vaivén purulento y en demasía miserable de una existencia huraña y amnésica por noches de químicos que corroen la decencia del hombre hasta ultrajarlo con sensato juicio a su mal pasado, este edificado por un carácter malévolo e insensible. Quería yo, el anciano desquiciado en pesca de una irrazonable idea, ir al cementerio de la colina a visitar la única tumba que evitaba frecuentar, y ofrecerle la visión deplorable de un viejo encorvado, con harapos rotos y poco cabello desgredado y suelto en ondas de cenizas.

Parecía que los años en juez de mi gran pecado se volvieron en mi contra con tal violencia alimentada por la divinidad que relampagueó en noche tempestuosa, y sobre mí sus destellos azules y brillantes noquearon mi estado físico hasta desencajar el aspecto promedio de una persona de cincuenta; parezco yo, este hombre, un vejete de setenta – ¡Qué amable ha sido la naturaleza o los dioses en desparramar sobre mí semejante maldición de castigarme el físico para redimirme o hundirme!

El castigo original del que habían nacido los íncubos que atormentaban mi vida, se gestaba en la existencia lúcida y sobria que surgía del déficit de dinero para adquirir una botella de ron que fuera de medicina a este hipocondriaco, o cuando el crédito en la taberna rebasa unas líneas en el libro de cuentas – ¡Y ay que Dios sabía que me agitaban estos malabares de alucinaciones y estados febriles donde solía verle con una deformidad horrorosa! –, pero ocurría cuando la última gota de ron se deslizaba trabajosamente desde el interior de la botella en su cristalino matiz naranja hasta mis labios agrietados como la seca arcilla de un río caduco. Era en este umbral al pasillo tortuoso del

delirio de una mente insana, que tan sólidas apariciones recobraban espacio en la verdad que me engullía, en una verdad de la que prefería mantenerme ajeno como el aceite al agua. Las persignaciones eran tan útiles como le es a uno sorber sopa con un tenedor. Tamborileo nefasto y retumbante en la mezcolanza de visiones irreales con vahídos que llevaban mis delgadas manos huesudas pobremente vestidas con piel manchada por la suciedad a sostenerme en alguna pared o reja que afortunadamente inanimadas no salían huyendo por el agarre de un andrajoso como yo, que por misericordia de las gentes vivía a cuestras de mantener un jardín, barrer un patio, hacer mandados o botar la basura. Echar afuera mis demonios constituía una oración de palabras de convencimiento en que no estaban ahí frente a mí las ideas paranoicas y sobre todo, él sonriendo ladinamente con aquellos ojos de papel al que le habían borrado el iris y la pupila, y agregado cucarachas sobre las hendiduras por las que borboteaban gusanos y se chorreaba la sangre. Solo en la mezquina libertad que me daban mis perturbaciones, sentía que alguna vez fui un hombre con un hijo y una esposa, una hermosa casa y empleo prestigiado.

La gente que raramente evadía el natural e irreprochable asco hacia mi aspecto y olor me daban una palmada en la espalda con un tardío sentido pésame al lastimero, lúgubre y ahora insociable viejo alcohólico ahogado en la desgracia del hallazgo del hijo muerto y la esposa que hizo infeliz hasta que le abandonó de su prisión de ratas y malos tratos. Pobre hijito mío fallecido. Tenía una cara en la que exclusivamente debieron participar todos los dioses del Olimpo para modelarla en diamante. Un rostro de querubín como el suyo era cosa de otro mundo, que haya venido aquí era como una esperanza y acto de pena ajena a la humanidad. Su sonrisa era un híbrido entre su bella madre y yo, pues en ocasiones desde ese eje central de entre sus comisuras, en medio de esas montañas alpinas, si te le quedabas viendo fijamente por unos cortos segundos lograbas sentir que los rasgos faciales trasmutaban de su madre a mí.

La puerta de la cantina en mi visión desfloreceda se contornea de un radiante blanco latente que me tentaba a salir como poco acostumbrado le pide una dama al caballero seducida por la música del tocadiscos. Me incliné hacia adelante para inspeccionar si era cierto lo que mis ojos viejos veían, pero la razonabilidad no apuntaba su dedo a mi cuerpo si tenía yo media botella de ron y la otra mitad en mis sangres moviéndose con el latir del corazón melancólico y lunático. Me encaminé pues a la invitación del más allá de lo material y palpable en el mundo terrenal. Caminé vacilante intentando tomar riendas del efecto licor y la debilidad de mis piernas huesudas, bases del peso muerto o de kilos de culpa. El portal se abrió despacio mostrando la calle penumbrosa vacía de luz y llena de fango por las calles que pedían un beso de pavimento haciendo indeseable vivir cerca de esa zona poco agraciada y a la que con frecuencia se

le iba la luz por la mala acometida eléctrica. Tampoco era un lugar codiciado debido a las historias ficticias sobre fantasmas y seres que merodeaban entre las sombras, ya que era un sitio adyacente al cementerio. Para qué mentirles, si el mismo camposanto era oriundo de un sitio indeseable.

Nadie en las mesas de la taberna desprendería sus ojos de los tarros de cerveza para dedicar siquiera con el rabillo del ojo atención a un desvanecido humano infortunado como yo. Toqué la indiferente madera del marco a las temperaturas más que a la humedad de las gotas arrasadas por los vientos; la luna en su plenilunio espantaba las nubes de ébano paranormal que siguiendo el curso de la brisa en las alturas, querían cubrirla como el telón de los teatros, pero ella impetuosa con su claro las atravesaba dejando siempre una ventana por la que mirar a los pueblerinos bajo sus techos dormir con ojos sobrenaturales, los cuales pensaba eran sus cráteres, constatación de los golpes de asteroides. Levanté la boca de la botella para besarla en una prolongación frenética y arrebatadora por estudiar el sabor de su saliva, derramé mi panacea arrastrando un poco de suciedad de mi cuello a la camisa. No recordaba cuando fue la última vez que mi curtida piel conoció la espuma del jabón y el agua fresca de la tina, pero atravesaría el corazón de dos pájaros con un tiro certero de cazador experto en un bosque primaveral. Salí entonces como un animal cuadrúpedo que intentaba andar como bípedo, vibrando espasmódicamente como a medio convulsionar.

Las gotas benditas y carentes de sentidos para percibir sobre quién caían, me bañaban convirtiéndose las ahora desgraciadas en sucias para morir en los canales de légamo que rodaban mis piernas.

– ¡Benditos seres ancestrales que plagan en translucidez la tierra y que en esta noche han convocado a los vientos y la lluvia mecerse en la superficie de la sufrible tierra! ¡Oh, poderosas entidades primigenias de las que oí en cuentos relatados por mi padre! ¡Si existen, no me dejen a merced de la locura, les ruego con alma que ya no vale peso en oro alguno! ¡Les pido en mi completa ebriedad, pero seguro del deseo de un desgraciado hombre como yo, que me den un poco de valor para marchar al cementerio! ¡Les doy lo que pidan! ¡Si mi alma ustedes quieren, les ofrezco todo con tal de expedir de esta tierra! – habiendo proferido con voz de relámpago aquellas oraciones producidas por una mente totalmente moribunda a media oscurana, recibí como respuesta el apagado sublime de la luna tras el cierre de ventana en nubes negras de aguacero ¿Maldito era yo que ni los cuerpos celestes se compadecían de mostrarse para que mis ojos nubosos de lo enfermo los apreciaran? Más la botella, mi única doncella de besos borrachos atinaba su líquido en mi garganta como arrojando leña a la chimenea. Ella no salía huyendo y calmaba a estos demonios mentales de los que era perro encarcelado y purgado del derecho a apelar por perdón. De ella solo debía saber

que destilaba la cordura y la convertía en locura, de que Doña Clarita y su nieto eran los que daban vida y sentido al ron en la botella; el líquido glorioso tenía un sabor a pozo que daba crédito a las lenguas serpenteantes de chismoso en el pueblo. Quizás era esa particularidad la que me hundía plácidamente en el olvido de la realidad y a veces me hacía ver muertos donde no los había, o deformidades retorcidas y diabólicas. Otras veces una serie de visiones traslucidas superpuestas a las calles en las que se adivinaba un tramo de raíces que parecían respirar bajo el pueblo y que en su momento me hicieron fanático de su entramado, guiándome el estado de borrachera fantástica a coger creyones que servían de testigos para plasmar en papeles aquella infernal maravilla antinatural, así como proyectar hábilmente y con perfecta fidelidad de mis imagines, las cosas que veía o soñaba.

Andaba calle recta al cementerio. Mi cuerpo se movía inhumanamente como la criatura ficticia e infernal de la que imaginaban los escritores de mentes fantásticas y a veces insensatas. En la corta distancia recorrida desde las luces penosas de la taberna, incrementaba desde mi pecho frío una sensación de profundo asco hacia mí mismo, incluso por la forma en que trabajosamente mi nariz tragaba aire dejando respingos continuos que generalmente soltabas cuando eras sorprendido del susto. Salió entonces como conejo en sombrero de mago, el recuerdo de una década y media en la que mi bello hijo tuvo a su primera mascota, un perrito al que le había puesto Vaquita, ya que era un dálmata; Vaquita vivió con nosotros cinco años hasta que enfermó y en su lecho de muerte le acompañamos viendo cómo le brillaban los ojos al percibir que estaba cerca de la muerte en su trabajoso respirar mecánico y rígido.

Cesaron de caer los meteoritos de agua. Las cortinas negras celestiales se habían corrido y la luna casi posada sobre el cenit de una única nube daba escenario tenebroso al cementerio. Me había alejado como tortuga del conjunto de casas de madera. Un corto llano de suelo enramado y cercado con alambres de púa eran lo único en ver a mi alrededor. Jerárquicamente se adueñaba del sitio un sillón de madera en un pedazo exclusivo de hierba podada al lado de la calle. Era un asiento sin mucha gracia y propósito, ¿pues quién que no fuera en la noche se sentaría en él? Otra triste cosa sin propósito más que el de permanecer en el sólido silencio y la soledad del olvido, observando siempre la caravana de algún muerto y siendo escasamente el apoyo de una vieja gorda agotada o un decrepito ser como yo. Apuntando mi índice con definidas protuberancias predecía mi próximo paso o no habría ningún otro, así que tomé asiento para recobrar lo que forzosamente entraba a mi cuerpo para darme vida aunque sintiera que le era al oxígeno una agonía ingresar a mi sistema. La madera mojada me refrescó y solté un halito por el sentir del descanso. Fallé un par de veces al posar mis manos que eran más como tallos sobre mis piernas, el

cuero se iba de lado por la flacidez como muchos otros vikingos como yo que se habían resignado al ron de Doña Clarita y al efecto devastador que tenía sobre el físico, que muchas veces pensé que se debía al simple decaer del espíritu que afectaba al cuerpo, y no a las habladurías de los mirones y murmuradores de esquinas que alegaban que el pozo de Doña Clarita estaba infestado.

Dilataba mi mente con erros que uno el torpe e inconsciente comete sin dejar rango de mucho tiempo para edificar sin mucho trabajo una nueva ofensa que da motivos justificables sin grieta al paso de objeciones de parte de quienes amamos y quienes se alejan por estas razones. Era esta la etapa en el peregrinaje del alcohólico a la que uno llegaba sin falta y apuro.

Levanté la botella del suelo para un largo sorbo, pero la voz amable de un hombre irrumpió en el silencio que normalmente me decoraba.

– ¿Puede darme usted viejo hombre sabio y meditabundo, un sorbo de su ácida bebida? – pidió con aquella voz serena y de acento neutro que me indujo al desconcierto de no adivinar su procedencia.

Más allá de que quisiera tomar de la botella de un andrajo mojado como yo, cuyos labios llagosos eran un espanto a la muchedumbre, este sujeto apareció sentado a mi lado de la nada y como el hielo del Polo Norte me heló la sangre y erizó mi piel de tal manera que me sacudí. Inconscientemente mientras mi psique viajaba a las preguntas que uno normalmente se hace ante un extraño que pide de tu ron, le pasé la botella con lentitud hasta el vi su mano enguantada y me despedí del viaje pensativo. Los chasquidos de los labios del joven advirtieron del final de su trago. Me devolvió la botella y permaneció en un silencio como procesando el licor. Dudaba en un juego estrecho con la curiosidad si se percataría de la inspección de reojo que estaba por darle, pero me importó entonces poco lo que causara esta indiscreción.

Vestía todo de negro, era un campesino delgado y cabello largo sujeto en un moño. Era de tez pálida como la tiza y tenía un sombrero que proporcionaba una corta sombra que hacía imposible para mí escudriñar sus facciones. Inextricablemente transpiraba de piel blancuzca una sensación de tranquilidad y familiaridad acogedora que me podría mantener días allí al percibir emociones que hace mucho no había sentido. Se escuchaba una orquesta imaginaria en mis oídos con coro celestial de dioses y los violines propiciaban vértices a mi alma que tan solo un soplo la haría venir abajo.

– Noble señor, ¿adónde te diriges en esta noche de nieblas que trazan almas de espantos y contornean las penurias de los desdichados? – expresó en extrañeza, supuse que por la hora y la zona era rara mi desastrosa presencia.

– Muchacho, cuando se es tan espantoso y maldito como yo, no hay escabrosidad súbita ni potente que provoque cambio alguno en mi destino. Por el contrario, de petrificar al instante mi corazón, grande sería la adoración al

espanto que me matase del susto – y era cierto que no importaba nada para mí.

– No bebería sin conocer los secretos de noches místicas las ecuaciones que dan como resultado las cosas indefinibles e innominables que estas tierras escupen para aquellos que desean indecibles sueños que podrían incluso por un tiempo corto cobrar vida en la biósfera. Demás está decir que pueden ser verdad los murmullos de la leyenda de la que se habla, y de que seguramente usted mismo vio florecer. Aquella sobre un árbol de maligna presencia.

Joven de sorprendente hablar e inteligencia. Parecía a su corta edad – a juzgar por su tono de voz –, un catedrático prodigio que orquestaba una escuela entera de la que resurgirían buenas bases para el mundo. Mirando un poco más allá, daba crédito a historias fantásticas que solo en la credulidad de algunas mentes permanecía crepitando como fuego de estrellas y girando en corrientes del espacio como los planetas. Mi muchacho, mi fallecido prematuramente muchacho habría sido un jovial de notoria inteligencia y sabiduría. No habría vendido yo las enciclopedias de la casa y le hubiese adiestrado en la ciencia y la cultura.

– Hijo, si así fuera, las oraciones que balbuceé antes de llegar aquí de esta sucia boca de alcohólico hubieran sido escuchadas al menos por el menos poderoso ser ancestral –sonreí para mí con los pocos dientes que me quedaban –. Está destinado para mí un lugar especial en el infierno, muchacho. En cuanto al Sauce, llámele por el nombre, es suave a la lengua, sobre su adjetivo, es mejor no olvidarlo, llorón, porque desde entonces a muchos ha hecho llorar, si el caso fuera darle al Sauce el mérito de todo lo que inescrupulosamente acaece por estas tierras. Yo mismito vi cuando de día en día se tragaba la casa de los Morillo. ¿Cómo no estar cerca de la familia Morillo si los dos muchachos y yo convergíamos en mandados o pedidos de las gentes de este pueblo cuando éramos niños? No me apetece mucho hablar de recuerdos de infantes felices, pobres, pero felices.

– No señor de la soledad, no profetice aquello horrendo. Aunque quién sabe, a lo mejor sí –asintió antes de decir aquello –. Cambio la corriente de esta conversa para inmiscuirme en una pregunta personal y dejar ir interesante tema, ¿adónde iba, señor?

Olvidando mi peregrinación de adentrarme al cementerio en desvelo por lo abstracto de los adjetivos sobre éter y seres traslúcidos y divinos, dije al joven mis intenciones de visitar por primera vez en catorce años la tumba de mi hijo. Aquello musitado forzosamente al no querer sucumbir a la odisea del sentimentalismo que cuajaba mi garganta y mis ojos.

– ¡¿No lo sabes, señor?! ¿Acaso no has escuchado de los chismosos las noticias de esas tumbas? Tú hijo no está ahí, señor. Su hijo no se halla en esa tumba – exasperado e ignorando las dolencias de mi cuerpo escuálido me

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

